

Miqui Otero

Simón



Este libro es una vida entera. La vida de Simón. Que abre los ojos en un bar, entre dos familias que no se hablan. Que crece buscando a su primo, aquel que le prometió una vida de novela y desapareció. Que aprende lo que es la amistad junto a Estela. Que ensaya en restaurantes de lujo las recetas que aprendió en el bar. Que se finge un héroe en yates y billares. Que se obliga a caminar hacia delante en viajes que son huidas. Que se enamora demasiado y mal. Que pronto se da cuenta de que los héroes no existen, las fortunas lo son por algo y las damas no pretenden que las rescaten. Simón. Que un día vuelve. Vuelve para empezar de nuevo, esta vez de verdad, la novela de su vida.

Índice de contenido

Cubierta

Simón

Prólogo

Libro I. La noche de las azoteas

I Verano de 1992

II Otoño de 1994

III Invierno de 1996

IV Primavera de 1998

Libro II. Cuando doblas las esquinas

I Verano de 2004

II Otoño de 2006

III Invierno de 2008

IV Primavera de 2010

Libro III. Nadie vigila el fuego

I Verano de 2017

II Otoño de 2017

III Invierno de 2017

IV Primavera de 2018

Unos cuantos brindis

Sobre el autor

*¿Y cómo se llama el nuevo protagonista?
Martín, se llama Martín.
Para Martín.*

Para Leti, nos queda todo.

—¿De dónde ha salido este chico así?
—decía; y experimentaba al pensar en él un sentimiento confuso de amor y de pena solo comparable con el asombro y la desesperación de la gallina cuando empolla huevos de pato y ve que sus hijos se zambullen en el agua sin miedo y van nadando valientemente.

PÍO BAROJA, *Zalacaín el aventurero*

Había nacido con el don de la risa y la intuición de que el mundo estaba loco. Y ese era su único patrimonio.

RAFAEL SABATINI, *Scaramouche*

Cuando todo esto acabe, vas a llorar.

De momento cierra los ojos. O, mejor, como en el juego: Simón dice que cierres los ojos. Así que los cierras.

Todo consiste en mentir hasta que logras engañarte. Por ejemplo, ¿tú cómo sueñas? Pues tienes que apagar la luz de la mesita y cerrar los ojos y hacerte el dormido, mentirte a ti mismo, fingir que duermes, hasta que, pum, te duermes. Y entonces sueñas. Poca gente se da cuenta de eso.

¿Quieres ver las estrellas? ¿Simón dice que quiere ver las estrellas?

Frótatelos un poco, pero no abras los ojos. Mantenlos cerrados, Simón. La gente cierra los ojos cuando pide deseos y tú quieres ver las estrellas. Restriégatelos un poco más. Así.

A ver, piensa: si pudieras pedir una cosa, ¿qué pedirías? ¿Cómo? ¿Una piruleta? Eso ya lo tienes. Algo más. Va, que no es tan difícil. ¿Dos piruletas? Eres como esa africana, muy pobre, a la que le preguntaron qué le gustaría tener. Y dijo una vaca. Le insistieron: lo que quieras, de verdad. Quiero una vaca, dijo. De acuerdo, pero si ya tuvieras una vaca, ¿qué pedirías? Y dijo: dos vacas. ¿Y sabes por qué? Porque era incapaz de imaginar nada más. No le habían enseñado a hacerlo. Carecía de los recursos para ejercer su derecho a desear. Sí, el derecho a desear, porque los deseos no se conceden, sino que se imaginan y conquistan. Dime ahora: ¿qué pides tú? ¿Qué me pides, Simón? Si no sabes imaginarlo nunca tendrás nada. Nunca serás alguien.

De momento, ten esto. Cierra la mano. Es la bola blanca del billar. Yo soy la negra. La que todos buscan y evitan. Todos le tienen miedo. Todos quieren llegar a ella. Tú serás la

blanca: puedes tocar cualquier color, chocar contra todas las otras. Rompes el color y empieza la partida.

Recuerda que te tengo que decir «Simón dice que abras los ojos». Si solo te digo «abre los ojos», es una trampa. Debes mantenerlos cerrados. Hunde los nudillos y ya verás que empiezan a aparecer las estrellas. Parece magia, una magia sin truco. Solo los aburridos piensan en el truco. Piensa en él cuando seas tú quien hace el truco. Aprieta más y más. ¿Quieres ver las estrellas? Frótatelos. ¿Ya ves las luces?

Cuando acabe todo esto vas a llorar, pero ahora cuenta hasta tres y ábrelos.

Ábrelos.

Así me gusta, no los has abierto. Tranquilo, te dejaré la luz encendida. A ver, como en una canción: ¡un, dos, tres!

Simón dice: abre los ojos.



—¿Ahora?

LIBRO I
LA NOCHE DE LAS
AZOTEAS

I

Verano de 1992

*Entre las azoteas, cada noche
se encendían las luces
del ático de nuestra juventud.
Entre las voces suaves y lejanas,
alguna vez, se oye un grito de pánico.
Pero una herida es también un lugar
donde vivir*

JOAN MARGARIT, «Nuestro
tiempo»

Parece mentira que con la cantidad de gente que cree tener la razón en el mismo momento y en todos los bares del planeta, el mundo no sea un lugar inmune a la enfermedad, ajeno a la desgracia, libre de infelices, plagado de maravillas. Que con los millones de personas que se enzarzan ahora mismo en la discusión más crucial, ovilladas en principios intocables y girando llaves mágicas, todo sea tan precario, tan relativo.

Como sería muy osado intentar entender el mundo, el gran problema, quizás habrá que ceñirse a la observación del lugar donde se formulan las soluciones. A averiguar qué sucede en uno de estos bares. Simón Rico, a sus ocho años, no recordaba haber entrado en este por primera vez y tampoco se imaginaba saliendo jamás de él para siempre.

El nombre del bar, Rico Rico, no emanaba ni de la calidad al cuadrado de sus recetas ni de la cuna de sus propietarios, de origen más bien humilde, sino del juego de coincidencias que atravesaba su génesis y, por tanto, a su familia: el padre y el tío de Simón, los hermanos Rico, eran parecidos aunque absolutamente antónimos, pero la gracia final residía en que se habían casado con Dolores y Socorro Merlín, dos mellizas que conocieron en las fiestas de una aldea gallega durante el verano de 1972. Habían reclamado a la orquesta la canción *Si yo fuera rico* y había sido en el primer estribillo cuando les habían pedido fuego. Antes del último redoble, las dos parejas ya bailaban agarradas. Con esa misma canción habían llegado a Barcelona desde su Galicia natal buscando fortuna y, después de unos años como camareros, habían podido pagar primero el traspaso del bar instalado en la planta baja de este edificio de facha-

da de arenisca y balcones de hierro forjado, y poco después los alquileres de los dos pisos inmediatamente superiores, donde vivían las familias. Este bar, Rico Rico, que rebautizaron cuando un cocinero famoso no paraba de decirlo en la tele: rico, rico, con fundamento. A los Rico no les hacía gracia que les impusieran los chistes.

Entonces lo llamaron «Baraja», quizás para destacar el juego de palabras «Bar Aja». Con esa baraja se aludía además a las timbas eternas que allí se disputaban, pero también a su pueblo, Castroforte de Baralla, un lugar que, comentaban, comentaban, comentaban, se elevaba sobre la bruma cuando todos sus habitantes se preocupaban por algo a la vez. Un nombre, *baralla*, que en la lengua de adopción de Barcelona quería decir «pelea». Y que en castellano parecía un imperativo: los taxistas ordenaban y desordenaban distraídamente su mazo de naipes como quien maneja su posible fortuna o mala suerte.

Simón creció en el Baraja, un teatro a escala del mundo, donde tres relojes de pared se pasarían toda una vida discutiendo sobre la hora. Cada uno de ellos marcaba una diferente, como si consignaran el horario de varias capitales mundiales en Asia, América, Europa. Lo que había empezado como un desajuste fruto del descuido (nadie compraba pilas) acabó por ser una seña de identidad del lugar: cuando abrías su puerta, el tiempo quedaba suspendido, como al entrar en un cine o un espectáculo.

Si Simón no recordaba haber entrado nunca en este bar (casi había nacido dentro), sus padres y sus tíos no recordaban la última vez que habían salido más allá de la puerta a tomar el aire y fumar un pitillo. Vivían marcando tortillas, apaleando pulpos, vertiendo vino en vasos facetados, guisando ternera e inventando esqueixada, que durante años vendieron con el nombre de *escalivada*, un error del que ninguno de los habituales, taxistas en su gran mayoría, les quiso sacar.

Quizás Simón ya había empezado a entender a sus ocho años que nada es lo que parece, pero aún tardaría mucho tiempo, también muchas páginas, en aceptar que las cosas son como son.



Antes que Simón había llegado otro Rico niño, su primo diez años mayor, al que, más por inclinación a la broma que como licencia aliterativa, habían llamado Ricardo. Ricardo Rico. Rico, porque desde crío se había apoderado del apellido, había sido una estrella en el barrio desde sus primeros pasos. Algo así como la mascota del bar, pero también su polémico embajador en el exterior, especialmente ahora, recién alcanzada la mayoría de edad.

Rico, se entenderá, era tan primo de Simón que en realidad era como su hermano. Era, en palabras del mayor, primohermano: «No primo hermano, ni hermano primo, sino primohermano, las dos cosas y todo bien junto», les decía a sus amigos. Siempre lo había cuidado. Siempre le había leído cuentos. Siempre le había cantado. Las nanas de Simón habían sido: *Beat on the Brat*, *Do Anything you Wanna Do*, *Orgasm Addict*, *He's a Rebel*, *O leãozinho*... Gran pedagogía en sus estribillos: «hostia al capullo», «haz lo que te dé la santa gana», «adicto al orgasmo», «rebelde», «leoncito». ¿Cuándo lloraba mucho? *Boys Don't Cry*. Lo que hacía el primo mayor era poner el disco y hacer *playback*, pavoneándose ante su pequeño primohermano, de modo que este pensó, desde que tenía unos pocos meses hasta que sumaba unos cuantos años, que Rico era el mejor cantante del planeta, también el más versátil.

Además, siempre había jugado con él al «Simón dice», porque el pequeño se llamaba Simón y porque así lo hacía sentir importante y al mando. A veces Rico ponía a jugar a todo el bar. Simón dice que os toquéis la oreja derecha. Si-

món dice que os pongáis a la pata coja. Simón dice que os metáis el dedo en la nariz. Que cerréis los ojos, que los abráis, que parpadeéis. Simón dice que quiere vivir todo hoy. Los borrachos le hacían caso y el equilibrio se les iba mientras seguían sus órdenes: se tocaban la nariz y perdían pie. Eran contrincantes fáciles y siempre se equivocaban: Simón dice que no podéis tocar la cerveza. Y el juego acababa entre abucheos.

Rico también se colaba en casa de Simón y se ponía a los pies de su cama, a veces oliendo a acequia de cerveza y colilla antigua y gel de brillantina y caramelo de eucalipto, y le decía:

—Había una vez un niño que tenía el superpoder de sentir justo lo que sentían los otros y de extraer de ellos su mejor virtud. Al lado del halcón volaba, al lado del león rugía, al lado de la cebra todo era en blanco y negro...

—¿Y al lado de una caca?

—Bueno, Simón, pues se sentía como una mierda. Pero solo un rato. Porque llegaba una mosca, que luego se posaba en un precioso caballo, que luego cabalgaba un tipo con armadura...

—Ya.

—Mira, al lado del fuego ardía hasta que se esfumaba y aparecía en otra época. Lloraba al lado del que lloraba y lloraba tanto, tanto tanto, que los dos se daban cuenta de que aquello era ridículo y entonces se ponían a llorar de la risa. También reía al lado del que reía. Una vez, ese niño...

—¿Cómo se llama el niño?

—Y a ti qué más te da, Simón, anda. Pues un niño.

—Ya, pero es que quiero saber cómo se llama. Así le cojo más cariño.

—Bueno, ya que lo dices: ese niño con poderes se llamaba Simón.

—¡Como yo!

—Coincidencia seguramente. No sé. No lo sé todo, Simón...

Pero Simón, que se frotaba bajo las mantas los empeines de su mono pijama, sí que lo sabía, así que tensaba esos dos hoyuelos que tanta gracia le hacían a su primohermano. Su sonrisa entrecomillada (con un asterisco, una pequita de nacimiento sobre la comisura derecha). Una sonrisa infantil que era todo menos irónica.



Cuando abría los ojos en el entresuelo, expectante ante un nuevo domingo que se despertaba moroso, Simón no olía el café que borboteaba en los fogones ni el frescor de las hojas de los plátanos que esmaltadas por la lluvia nocturna tanteaban la ventana, sino el misterio.

Con las pupilas esforzadas en unos ojos sorprendidos por la luz, lo que debía dirimirse a continuación era la búsqueda de una nueva novela, la que cada domingo le escondía su primohermano en algún punto de la casa. Porque después de salir de fiesta cada sábado, Rico, preciosamente intacto y magnífico por sellado su misterio, le compraba un libro de segunda mano en el rastro dominical del barrio, el mayor mercado de libros de segunda mano de Europa. Luego paraba a tomar un café para templar su borrachera y encendía con sus subrayados frases que eran calambres y pasajes que eran pistas para su primo. Simón debía buscar el libro incluso antes de ponerse ante su Cola Cao con grumos y sus magdalenas de La Bella Easo. A menudo desarrollaba sus pesquisas a partir de un acertijo que Rico le colocaba bajo la almohada o de un camino de flechas marcadas con cinta aislante. La pista también podía estar escondida en alguna noticia del periódico que su padre había dejado en la cocina del piso. A veces, incluso, Rico le chivaba la pista a algún taxista mañanero y borracho, así que Simón debía bajar al bar familiar y preguntar a los clientes libreta en mano, con la bata de lana como gabardina, si sa-

bían dónde podría estar escondido su nuevo libro. Este juego, que Rico bautizó como los Libros Libres, era la promesa de un juego que ya no habría de acabar: el juego de vivir según las fantasías de profesionales de las vidas posibles, grumetes, músicos y sobre todo espadachines.

—Los Libros Libres, Simón, son como la esgrima: amenazan la vida y la enaltecen a la vez —le decía Rico.

—Ya. —Simón usaba mucho este monosílabo: evidenciaba menos la ignorancia que un no y comprometía menos que un sí.

—Y yo no solo quiero que vivas los libros. Quiero que vivas en ellos.

A menudo, Simón no sabía contestar si «sí» o si «no», ni «sí» ni «no» ni «ya», no sabía elegir un monosílabo triunfal, pero el caso es que sí sabía que quería entregarse al hurneo hasta encontrar el libro cada mañana de domingo. Después de desayunar abajo —el cacao calentado con el brazo de la cafetera del bar sabía mejor— volvía a subir, se arrebujaba bajo la colcha de ganchillo y lo abría. A veces no salía de la cama hasta que Rico se despertaba de su resaca tras un sueño que parecía un coma, los ojos de oso panda y el tupé como una voluta en declive, cerrando un signo de interrogación en su frente. Entonces Simón le daba las gracias y Rico le decía:

—¿Qué libro? No tengo ni idea de qué me hablas. Yo no te he traído ningún libro, suficiente tenía con encontrar la puerta de casa.

Simón desenrollaba su sonrisa entrecomillada porque sabía que su primo mentía o, al menos, lo intuía. Intuía que era su primo quien subrayaba frases en esos libros de héroes envueltos en promesas de gloria: *Pimpinela Escarlata*, *Los tres mosqueteros*, *Barry Lyndon*, *Fabrizio en Parma*. En *Scaramouche*: «Había nacido con el don de la risa y la intuición de que el mundo estaba loco. Y ese era su único patrimonio».